

# Un carretel, un hilo, y... la transferencia

Miguel Díaz

«A los cuarenta años reconoce que necesita alguien que le señale el camino y lo repruebe o lo elogie: un padre. La autoridad y no el poder.» (Camus, 1994)

## Resumen

*Me propongo reflexionar en torno a una clínica en la que destaca un empobrecimiento en el orden simbólico que tiene como correlato la no producción de síntoma, donde las conductas impulsivas revelan un modo de satisfacción pulsional que denuncian serias deficiencias en su pasaje por la castración.*

*Una clínica sin demanda, con poco espacio para la palabra y la escucha. Constato una forma de neurosis que no se manifiesta siguiendo el esquema: síntoma-demanda-transferencia y cuyas características, nos confrontan a una subjetividad que se mueve entre la omnipotencia y la impotencia en un mundo autoerótico, narcisista, donde predomina lo imaginario.*

**Palabras clave:** orden simbólico, síntoma, conductas impulsivas, autoerotismo, narcisismo, castración, deseo, demanda, neurosis, transferencia.

## Abstract

*I intend to reflect around a clinic which highlights an impoverishment in the symbolic order which has non-production of symptoms as a correlate, where the impulsive behaviors reveal a type of satisfaction drives that reported serious deficiencies in its passage through castration.*

*A clinic without demand, with little room for the word and the listening. A form of neurosis that does not respond to the triad: symptom-demand-transference and whose characteristics confront us with a subjectivity that moves between the omnipotence and helplessness in an autoerotic, narcissistic world, dominated by the imaginary.*

**Keywords:** symbolic order, symptom, impulsive behavior, autoerotism, narcissism, castration, wish, request, neurosis, transference.

De vuelta con Ernst, el nieto de Freud una vez más. La escena, tantas veces analizada, me permite, como referente, dar cuenta de mi trabajo en una clínica que tiene como peculiaridad un sujeto que se caracteriza por sus constantes actuaciones, actos que en principio son imposibles de metaforizar. Tiran lejos el carretel, se expulsan con él.

La compulsión a la repetición se asienta en una dinámica inconsciente, por tanto no dominable por el sujeto, que le obliga a insistir en un camino ya recorrido y como tal, facilitador de la acción. Este accionar, propio y arquetipo del funcionamiento psíquico, será el referente dinámico que gobierne la organización simbólica encargada de poner las bases en un psiquismo en ciernes y que tiene como misión, la puesta en marcha y posterior desarrollo de la estructuración psíquica.

Pacientes que se presentan a la consulta con premisas fundadas en el «debería», un debería decir, un debería hacer, pero que no consiguen ni concretar ni sostener lo supuestamente deseado, por eso es constante la pregunta al terapeuta: «entonces, dígame, ¿qué tengo que hacer?».

El futuro sujeto inicia su andadura insertado en un mundo desconocido, donde las palabras aún no son suyas pero que oficiarán de suelo psíquico a la subjetividad que pueda establecer en el extenso proceso que le aguarda hasta constituirse como tal.

Palabras que labrarán sus huellas en el polo pulsional, representado por el ello, conformando el inconsciente. Y que impregnará todo el funcionamiento psíquico y no dejará de condicionarlo.

Desde ese polo, con un funcionamiento ajeno a toda organización, sentido y límites, desde una posición neutra e impersonal, indiferenciada, va creándose el sujeto singular, diferenciándose progresivamente a partir de los primeros contactos con un mundo hasta ese momento ignorado e incierto, que viene a responder a sus necesidades con acciones y palabras, inaugurando un nuevo escenario que pretende ofrecer sentido a lo incomprensible de las vivencias, momento de crisis

para el recién nacido que tiene mucho de traumático.

La palabra, como símbolo, necesita de un recorrido para poder trasladar esas sensaciones de índole orgánica a una manifestación psíquica. Ese universo indiferenciado se ve sorprendido por la llegada de nuevas exigencias que le reclaman una respuesta a acontecimientos que hasta ese momento no habían sido experimentados.

La organización psíquica, en su proceso constitutivo, se encontrará con un psiquismo que tiene muy pocos recursos para dar cuenta, simbólicamente, de los signos que le envuelven en el seno de acogida. Faltan palabras para tantas sensaciones nuevas.

Encuentro con algo que no ha podido ser evitado y que a esas alturas de la constitución psíquica no es posible simbolizar, por lo que la repetición no permitirá elaborarlo. La comprensión, si se consigue, siempre será *a posteriori*, el fantasma será el encargado de dar una respuesta.

El aspirante a sujeto vive una situación en la que tiene en gran medida, un papel pasivo, ya que le asedian fuerzas desconocidas que no puede dominar pero que actúan sobre él. Debemos tener presente que en el «cachorro humano» la mielinización neuronal se alarga más allá de la infancia.

Frente al desamparo (*Hilflosigkeit*) vivido por lo condicionante de su naturaleza, hay un llamado al otro y una respuesta, constituyendo así la dinámica estructurante de lo psíquico a través de las identificaciones.

De allí la dependencia necesaria del *infans* con quienes personifican los primeros objetos, y serán estos representantes de la cultura a la que ingresa el futuro sujeto los encargados de administrar los actos y las palabras que van a nutrirle.

La cultura que lo recibe le llega a través de quienes serán los encargados de mediatizar su encuentro con esta, en general esto recae sobre los padres biológicos, aunque no son los únicos que pueden ejercer la función. El proceso de desarrollo libidinal del sujeto estará estrechamente vinculado al resultado que han tenido los que ejercen dicha función en su tránsito a constituirse ellos mismos como sujetos.

El futuro sujeto queda a expensas de ese mundo, para él nuevo. Los que ofician de intermediarios para su incorporación a este, desde sus propias fantasmáticas, podrán o no colaborar en que transite de forma más o menos exitosa por un proceso que se sabe muy complejo y cuyo desenlace es imposible de predecir.

El mundo simbólico que lo acoge es el que dona

el material, las palabras. Palabras que se heredarán de una lengua transformada en lenguaje por la comunidad que le acoge, los padres, o por quien cumpla con esa función.

Y será desde ese orden simbólico que el futuro sujeto extraerá las palabras que le servirán, si consigue disponer de buenas herramientas y hacerse con ellas, para construir su propia narrativa.

Un mundo propio con su propia teoría sobre la vida, de ahí la importancia de las características del contexto que acoge y las relaciones que establece con el futuro sujeto, qué lugar le otorga, no solo para satisfacerle sus necesidades básicas, sino, y sobre todo, si es deseado por él, el amor que siente y le entrega frente a su demanda.

Mundo simbólico que al constituirse lo hará sobre la base de construir su propio fantasma como sostenedor de la función simbólica desde donde operará la dinámica deseante, motor clave para el desarrollo vital.

A partir de allí comenzará su camino el *infans* que, inserto en un nuevo escenario, contará, *a priori*, con poco patrimonio psíquico para descifrar lo que está ocurriendo con su organismo, que aún no se ha conformado como cuerpo.

Lo que ocurra en ese largo camino que se ha de atravesar hasta que se constituya la organización psíquica que dé soporte al sujeto vendrá a ser determinante en su futura vida, en la forma de vincularse y relacionarse con ella y con quienes la conforman. Construcción que por otro lado, siempre es singular y que se realiza a espaldas del protagonista.

Por ello toda la importancia que le atribuimos a lo que ocurra en dicho proceso, pero a la vez, lo imposible de deshacer el camino andado hasta conseguirlo, ya que la subjetivación de este hace imposible descubrir el entramado constituyente de su «ser».

Lo que hace único al hombre es su capacidad de simbolizar. *La palabra conforma el cuerpo del pensamiento*. Vivimos en un universo simbólico, conformado por un sistema de representación que se plasma en lo que se conoce por cultura, es decir, creencias, mitos, ritos, que son acordados por la sociedad de referencia del sujeto. Es lo que conforma la subjetividad de la época.

Se establece un orden simbólico que determina al sujeto de manera inconsciente. De ese orden se desprende la función y la eficacia simbólica. No hay pensamiento natural independiente de las determinaciones histórico-culturales. Ellas conforman lo simbólico, es decir, representaciones que se basan en el lenguaje, aquello que falta en el

lugar de las cosas, a diferencia del simbolismo que remite a una cosa concreta.

Freud (1923) elabora una hipótesis teórica sobre la psique humana y desde esta hace una propuesta técnica, el psicoanálisis clínico, con la intención de intervenir sobre un psiquismo que funciona al estilo de un proceso tanto en el modo de constituirse como en el de operar.

Un aparato psíquico, dinámico y evolutivo, que no puede asimilarse a una dirección positiva de desarrollo, como tampoco a un camino de progreso, exclusivamente. En el que destaca la complejidad procesual que hace imposible la búsqueda de certezas.

Es por lo anterior que se hace necesario incorporar, para explorar la subjetividad, una narrativa que tenga como marco de referencia lo que se ha dado en llamar un pensamiento complejo. Pensamiento que, así definido, vive una constante tensión frente a cualquier intento de seleccionar, jerarquizar o reducir en una síntesis unificadora, es decir, intentar poner orden al estilo de una ley.

En este tipo de pensamiento no hay certezas. Se instala en un funcionamiento inmerso en una dialéctica con contradicciones que de forma permanente hacen imposible unificar nada de lo planteado.

Características que a mi entender se encuentran como telón de fondo en el pensamiento freudiano y que guían mi aproximación a la clínica. Pensamiento clínico, el mío, que huye de cualquier intento de sustanciar el psiquismo como si de un órgano se tratara, de ahí la imposibilidad de la aplicación metodológica de las ciencias naturales en su estudio. Toda aplicación que siguiera ese camino lo invalidaría.

Hasta aquí una pequeña síntesis de algunos de los mapas que utilizo como referencia para mi trabajo clínico. Trabajo que tiene como objetivo un acto creativo como resultado de habilitar un espacio de escucha que busca crear, entre dos, paciente y analista, una nueva dinámica psíquica, efecto de una labor que resulta terapéutica como consecuencia de las modificaciones que, en la posición subjetiva, experimenta el primero.

Entiéndase lo escrito como preámbulo a la propuesta de reflexionar sobre un tipo de clínica que, parece evidente, requiere revisar algunos elementos de mi práctica psicoanalítica, ya que nuestra herramienta de trabajo, la palabra, se presenta como un bien escaso en quienes reclaman nuestra atención. Nos encontramos con pacientes en posición de objeto y refractarios a la palabra.

El material con el que trabajaremos asomará

entre palabras a medio decir, entrecortadas, en medio de largos silencios, interrupciones, incumplimiento de acuerdos, actuaciones ricas y variadas con alto contenido tanático. Expresiones de distinto tipo, como gritos, chillidos, lamentos, nutridos por el dolor de la impotencia, que aún no pueden transformarse en demanda.

Esos actos no demandan nada al otro, no son simbolizables al estilo de lo observado en aquellos que se identifican como *acting-out*, en ellos entendemos que se expresa una demanda de simbolización dirigida al otro y que tiene en la repetición su sino que permite trabajar bajo transferencia.

Al modo de lo que Freud (1898) planteó en relación con las neurosis actuales, en esta clínica no hay síntomas con sentido y el sujeto busca deshacerse de la tensión interna a través de una actuación, que en muchos casos, termina en una automutilación, a diferencia de las llamadas por él neurosis de transferencia, en que la pulsión es recubierta por la representación que le otorga expresión simbólica, otorgándole sentido al síntoma.

Por tanto no hay material interpretable ni es posible utilizar la asociación libre. Por parte del sujeto solo aparecen preguntas que buscan respuestas desde la certeza. Lo no elaborado insiste, traduciéndose muchas veces en una angustia que abre las puertas a una nueva actuación.

Clínica que se enmarca en sujetos en los que se observa que por momentos el hacer o no hacer reemplaza al decir. La acción o la inhibición no están mediadas por el pensamiento; este es cortocircuitado por un impulso que se abate sobre el sujeto.

Estas características que he observado en la clínica no pretenden convertirse en una nueva nosografía que aspire a clasificar o categorizarla, ya que por mi parte los referentes nosográficos siguen siendo: neurosis, psicosis y perversiones.

Entiendo que no estamos frente a una nueva patología ya que desde hace muchos años que entré en contacto con ella y si fue así es porque ya existía. Estamos frente a una modalidad de neurosis que se alimenta, eso sí, como no podía ser de otra manera, del momento sociocultural en que estamos inmersos y es él quien aporta las características que actuarán sobre la subjetividad contemporánea, en definitiva, sobre la construcción del nuevo sujeto.

Y puestos en el escenario clínico que os propongo, serán las características de la dinámica transferencial que se genere, las que permitirán o no abrir el camino hacia una demanda y con ella

constituir un síntoma donde solo había actuación, para ya sí poder trabajar con las herramientas idóneas de nuestra técnica, el señalamiento, la interpretación y, sobre todo, la construcción, dejando lejos cualquier intento de someter al otro a una verdad impuesta.

En los primeros pasos del proceso terapéutico intento introducir «el hilo» con el que busco atar ese «carretel» guiado por un impulso inconsciente, con el objetivo de que una vez atado sea el sujeto el que «juegue» con este y que la repetición nos permita ir introduciendo palabras que nombren la acción y que esta vaya cobrando algún sentido.

La repetición ha de entenderse como un mecanismo esencial para la constitución del funcionamiento psíquico y su estructuración. La tarea del sujeto está en intentar ponerla al servicio de Eros ya que, dejada a su suerte, tomará la ruta que la pulsión señale hacia la satisfacción inmediata y entonces, será la pulsión de muerte quien guíe el recorrido.

Es indudable que este tipo de abordaje que propongo necesita una presencia activa del analista, entendiéndose esta como un acompañamiento, ya que no debe perder de vista que el encuentro que allí se convoca es entre dos deseos y, por tanto, el objetivo es crear un espacio para que aparezca la dimensión deseante del paciente en un contexto que permita construir una nueva significación para sus teorías, para su novela familiar.

Pero, ¿cómo hacer un lugar al deseo cuando el goce gobierna? ¿Cómo colaborar en la construcción de un camino hacia la libertad y autorresponsabilidad si la castración es evitada porque la falta es insostenible? ¿Cómo lograr hacer prevalecer los efectos moderadores de lo simbólico?

Sin ley no hay deseo, ya que esta, al prohibirlo, lo genera. Y es el deseo justamente quien va a ponerle límites al goce. Y ese es el objetivo de la castración simbólica, constituir un sujeto con deseo propio y que sea este quien oriente sus actos.

Se trata de intentar poner límite a un goce encerrado en sí mismo que no deja espacio al deseo, que huye de este. Entendiendo que no hay más que el propio sujeto para afrontar ese canto de sirena que la promesa de goce anuncia. Será él quien deberá construir sus propios límites para responder a esa llamada sin sucumbir a ella.

Es aquello de la pulsión que no puede ser satisfecho lo que le genera impotencia, que trasladado al terreno del narcisismo se transforma en agresión, sobre todo autoagresión, violencia, odio, destrucción.

En esta etapa del proceso analítico el soporte del analista es a través de aportar el *hilo-palabra* que haga posible al sujeto *atarse* y de esa forma poner a trabajar a este en consonancia con el principio del placer que será, al estar al servicio de Eros, quien podrá marcar el final del goce y, por tanto, mediatizar la acción.

El llamado por mí «hilo-palabra», trato que se construya a partir de las palabras que con cierta regularidad aparecen en el discurso del sujeto, ya que ellas, al ser reconocidas como propias por este, oficiarán de anclaje para acceder a una cierta significación de la actividad pulsional.

Esa presencia activa se encuadra dentro de una ética que no permite decidir por el otro, que no acepta la seducción o la sugestión como métodos de aproximación al sufrimiento psíquico.

No se trata pues de aplicar un saber, sino de identificar aquello que el sujeto enuncia pero que a la vez ignora como fuente de su padecer y con ese material, construir juntos una narrativa que dé un cierto sentido explicativo a lo que hasta ese momento son impulsos que llevan a una acción sin sentido. Aunque a veces, muchas veces, el exceso y la inmediatez de la respuesta que viene a dar cuenta de la pulsión, anulan el tiempo articulado de la respuesta.

El empobrecimiento del orden simbólico tiene como correlato una organización psíquica que le cuesta simbolizar y, por tanto, historizar. El singular tránsito por lo edípico de un sujeto con las características arriba reseñadas, deja como secuela un déficit en la función paterna acarreado serias dificultades en la tramitación de la castración.

Los déficits de la función simbólica se traducen en una exaltación de lo imaginario, de todo aquello que representa un narcisismo exacerbado. Lo que en su momento, libido mediante, ha permitido al sujeto apropiarse de su propio cuerpo frente a la fragmentación de las pulsiones parciales del autoerotismo, abriendo el paso a las primeras identificaciones, para luego investir objetos exteriores a él, camino a constituirse como ideal del yo, vuelve a dar mayor prioridad a un yo ideal que conforma una organización psíquica frágil y con serias dificultades para mantener un cierto equilibrio.

La dinámica del proceso evolutivo se ve afectada por un narcisismo poco modulado por el tránsito edípico, que va a dificultar y complicar la investidura de objetos externos, con las consecuencias que ello tiene en la transferencia.

La omnipotencia está detrás de todo pensamiento y acto, junto al cortejo de



idealizaciones y fascinaciones o, en su caso, ofensas que cualquier vivencia ponga en cuestión un yo magnificado, sobrevalorado, como ocurre con todo objeto que entre en su órbita narcisista.

Así las cosas, el sujeto ha conseguido construir un circuito autoerótico, que excluye la alteridad, la relación con el otro, hay alteración sin alteridad, ya que reconocer al otro significaría renunciar a la bisexualidad y, por tanto, acceder a la diferenciación, lo que conllevaría una herida de difícil resolución frente a sus fantasías omnipotentes.

Compleja situación para el analista, ya que al parecer va a tener que trabajar donde la palabra aún no tiene efecto posible como metáfora, en un territorio ubicado fuera del terreno de lo simbólico, donde el superyó muestra su cara más cruel ya que ha de enfrentarse a un requerimiento pulsional irrestricto.

Elemento este que vendrá a abonar las dificultades que en el campo transferencial se observan. La presencia de un superyó cuya severidad y crueldad, en términos de autopunición, autocastigo y autodestrucción, revelan que hay muchos fallos en la interiorización de la ley por lo que el analista puede ser tomado como agente del imperativo moral.

Cuando el padre no funcionó como terceridad, su lugar lo ocupa el derecho. La ley que fue deficitariamente introyectada convoca al represor moral, momento de riesgo para quien, investido por lazos transferenciales singulares, se preste a ocupar dicho lugar.

Por tanto, en estos momentos del trabajo analítico donde cualquier renuncia pulsional es un elemento colaborador del mismo, esta solo puede tener una cierta eficacia si el sujeto la consigue a través de una autoimposición consciente, ya que si no es así, será vivida por un yo manifiestamente narcisista, como un sometimiento a una autoridad externa en tanto que, las deficiencias en la estructuración psíquica no permiten reconocer como propios los límites y lejos de pacificar, por la experiencia de castigo que propicia, parece retroalimentar el fervor pulsional que muy probablemente se salde con una nueva actuación severa por parte del sujeto.

Por ello, considero importante la necesidad de establecer objetivos claros en nuestro trabajo basándose en la primacía de la escucha que tenga como fin poner a trabajar al sujeto. Que sea él quien con su aportación de palabras, en principio incomprensibles, nutra el vacío que nuestra propuesta comporta al no tener respuesta certera a su sufrir.

Propuesta que tiene en la repetición su sino y que solo cesará en la medida que una nueva inscripción simbólica venga a garantizar su ingreso en una trama de significación que, como tal, rompa la dinámica mortífera del goce y recupere para el deseo la fuerza libidinal atrapada en él.

Una clínica donde vacío y dolor incitan a la acción no solo a quién la padece, ya que frente a la provocación que entraña contemplar los efectos de la autodestrucción sobre el sujeto, *se corre el riesgo*, con las consecuencias que ello acarrea para el proceso propuesto, *de privilegiar las conductas sobre el discurso*, dificultando así seriamente la tarea analítica.

Lo anterior requiere armonizar nuestra práctica psicoanalítica que se desarrolla en un campo delimitado por el lenguaje y la transferencia, con una presencia activa en cuanto a intentar contener y mediatizar la actuación a través de construir una narrativa, ¿nueva? que venga a dar una respuesta a ese sufrimiento.

Esta, si ustedes quieren, «primera narración» de lo hasta ese momento inenarrable es la que ha de aportar un cierto marco explicativo creíble para el sujeto. Por tanto, no se trata de cuestionar las teorías que el sujeto tiene sobre lo que le sucede, si se da el caso de que tenga alguna, aunque sí ponerlas en revisión o crear alguna con la incorporación de lecturas inéditas sin que estas desautoricen las expuestas por él.

El desvalimiento propio de los primeros momentos de la vida de todo humano junto a las necesidades que esa vida impone para sostenerse, propician una fuerte dependencia que signará el futuro camino hacia la libertad que debe emprender el sujeto.

Para un paciente que presenta estas características no hay otra posibilidad de vínculo que no sea a través de una inmediata nueva dependencia, ¿fusión?, pero a diferencia de lo vivido por él, este nuevo encuentro, que parece estar llamado a ser una reedición de aquel en donde los primeros objetos confundieron el deseo con la necesidad, le ha de brindar la posibilidad de abrir una pequeña brecha a ese sentimiento fusional, aunque el estrecho margen de maniobra que tenemos requiere por nuestra parte una especial atención y cuidado, ya que la angustia que genera la amenaza de desamparo que se cierne sobre el sujeto cuando el deseo se abre paso, puede traducirse en un impulso que active una actuación.

La distancia que media con *la cosa (Das Ding)*, objeto mítico, encarnación del nirvana, motivo *princeps* por el que vivir, que señala el camino a

Eros como meta inalcanzable, faro de la dimensión deseante, puede diluirse rápidamente ante la frágil constitución del tejido simbólico que sustenta al sujeto y que, por tanto, sostiene su discurso. Esta fragilidad observada en la construcción fantasmática se traduce en una *symbolisis* que tiene como consecuencia inmediata una nueva actuación. La angustia señala la entrada en una zona caótica, donde los límites comienzan a tambalearse y la actuación viene a calmar.

Este momento requiere de un acto creativo por parte del sujeto y eso necesita de un espacio, ahuecado, instaurado con nuestro acompañamiento y nuestra atenta escucha, sostenido por el vínculo transferencial, que propicie la generación de un vacío potencial, donde pueda surgir, si es que se consigue, una «nueva palabra», ya suya y reconocida como propia.

Ese algo que falta, señuelo que despierta para sí el deseo, impulsará al sujeto a su búsqueda con la pretensión de que al conseguirlo logrará el acceso a una satisfacción plena, a un supuesto estado de goce originario que hubo de renunciar. Lo que el sujeto ignora de esa búsqueda es que su condición de tal invalida toda posibilidad a ese encuentro.

Actividad psíquica cuya dinámica se atribuye a la propiedad más general de las pulsiones: su carácter conservador que es propio del inconsciente y cualidad distintiva del ello. Hecho que la clínica certifica, cuando se consigue, a través tanto de la transferencia como de los síntomas y que se traduce, como señala Freud (1914), en una «coerción a la repetición» (*Wiederholungszwang*), es decir, una repetición que es forzada a reproducirse en busca de una satisfacción imposible.

Movimiento *princeps* en la historia de la humanidad. Repetición incansable, que no reproducción, que ha llevado al ser humano a lo largo de su historia a lograr conquistas en todas las facetas de su vida. Pero para ello ha debido conformarse con sustitutos de aquel pasado mítico al que busca reeditar.

Ese es el sino del sujeto, la nostalgia del absoluto ubicado en el tiempo preverbal pasa a ser el motor de su vida, cuyo transcurso estará condicionado al resultado de la imbricación de dos tipos de dinámicas, deseante y de goce, propulsadas por Eros y Tánatos respectivamente, que serán las que guíen el vivir del sujeto.

El motor pulsional propulsa al sujeto ciegamente, repetidamente, a buscar satisfacer la pulsión activada, siempre parcial. En una acción que se enmarca más allá del sentido, de la significación. Es el sujeto el que deberá poner límites a ese

accionar y para ello se requiere contar con una organización psíquica cuya estabilidad fantasmática, respaldo de la función simbólica, y por tanto del deseo, sea capaz de morigerar ese reclamo.

Repetición que se asienta en una dinámica de carácter inconsciente y que responde a un mandato ubicado en un «más allá», inaccesible para el sujeto. Esa fuerza insiste desde su origen desde antes de su estructuración. Es un fundamento de su constitución y, como ya comenté, lo acompañará a lo largo de su vida dando muestras de su presencia en cada uno de sus actos.

Por tanto, la repetición ha de entenderse como un mecanismo consustancial a la constitución del funcionamiento psíquico y su estructuración. La tarea del sujeto está en intentar ponerla a favor de Eros, ya que dejada a su suerte, tomará la ruta que la pulsión señale hacia la satisfacción inmediata y entonces, será la pulsión de muerte quien marque el recorrido.

La inmediatez de la satisfacción lleva consigo la compulsión a repetir y a dejar de lado, anulándolo, cualquier movimiento que insinúe la presencia de una actividad que tenga el deseo como meta. La cuestión, entonces, radica en preguntarse al servicio de qué está la repetición. Y esto dependerá de las características de la organización psíquica del sujeto en cuestión.

La insuficiencia en la constitución de la función simbólica, deja como secuela retazos del cuerpo pulsional sin elaborar, no simbolizado, no historizado. Por lo que en el sujeto así estructurado predominan identificaciones de carácter imaginario, narcisistas, que sostienen una identidad lábil.

Esa fragilidad de la función simbólica denuncia que en la trama edípica el tercero no tuvo una invitación plena y tampoco parece haber luchado para conseguirla. Hecho que se verá reflejado en el momento de resignificación edípica, concretamente en la adolescencia, momento en el cual aparecen con más crudeza los rasgos manifiestos de la clínica que expongo.

Tendencias y conductas impulsivas, asociadas a un deficitario efecto de la castración sobre los modos de satisfacción pulsional, que tiene importantes consecuencias sobre la dinámica deseante, generando un equilibrio precario dentro de la organización psíquica, ya que la castración atenta contra el autoerotismo al imponer el predominio del goce fálico.

La diferenciación habilita el campo del deseo con el desgarró consecuente en el goce y la liberación inmediata de ansiedad. Nos encontramos

con un sujeto que se presenta con exceso de goce, donde el otro no existe. Así se conforma una clínica sin demanda.

La identificación narcisista permite poseer el objeto ante la angustia de separación, el desamparo, pero complica simbolizar su ausencia. Una subjetividad que se mueve entre la omnipotencia y la impotencia y que lleva al sujeto a la indiscriminación, a sentirse fácilmente humillado, agraviado, debido a idealizaciones y denigraciones intensas, motor de conductas agresivas como consecuencia de sentirse injuriado, que sumado a la marcada tendencia a la frustración, desemboca, muchas veces, en derrumbes narcisistas e inhibiciones severas.

Con la liberación de la obligación de ser completo se abre la posibilidad del deseo, la creación, el placer. Aunque la amenaza que representa la falta, por momentos, hace inviable sostener el vacío que provoca.

Como señalé al principio, entiendo que estamos frente a una modalidad de neurosis en la que el sujeto no se interroga sobre lo que le falta, no hay síntoma, no hay demanda, de ahí las dificultades de instalar un vínculo que sustentado en la demanda permita poner en marcha un análisis. Análisis que se verá condicionado por el refugio que representa el narcisismo para el sujeto frente a las relaciones objetales.

Hace falta un trabajo previo para que esos actos compulsivos se conviertan en síntomas que generen interrogantes y con ellos una demanda. Así comprendida, la compulsión de repetición como vehículo de lo no significado otorga la posibilidad de introducir palabras que pongan trabas al sinsentido de la actuación.

El psicoanálisis se funda en la función simbólica porque su herramienta es la palabra. Y el analista es el practicante de dicha función. La presencia de la palabra oficiará de guía a la búsqueda de un sentido a la acción, incorporando elementos que vengán a potenciar aquello notablemente empobrecido.

¿Cómo regular ese goce? ¿Cómo elaborar lo no simbolizado? ¿Cómo pasar desde el binomio en que se mueve el sujeto, omnipotencia-impotencia, a que tenga en cuenta la imposibilidad de conseguir algunas, muchas, de las cosas que se propone?

Estamos frente a un sujeto en el que el sufrimiento que padece parece no ir con él, entonces, ¿cómo hacerle saber la parte que le corresponde a él en la fabricación y preservación de las condiciones de su sufrimiento?

¿Cómo propiciar una pregunta sobre la causa de su sufrimiento e intentar que no se cierre y que

movilice una indagación?

¿Cómo llevarle a asumir su responsabilidad de la situación de la que se queja como víctima de ella?

Tenemos que estar dispuestos, si nuestro objetivo es poner en marcha un análisis, a ubicar a este como faro de un horizonte incierto, para que su fin y ética nos guíe, aunque quizás, no pueda ser alcanzado.

No hay manual en donde consultar, de ahí la importancia de los mapas que con ayuda de nuestra experiencia clínica fuimos construyendo, aunque estos solo nos servirán de guía, ya que la singularidad y movilidad del terreno clínico donde nos moveremos impide ceñirnos rígidamente a ellos.

En el acto clínico, la práctica psicoanalítica se transforma en arte. Y ya se sabe, en cuestiones de arte es importante la adquisición de conocimientos técnicos sumado a la experiencia práctica, aunque eso no es todo, ya que es la subjetividad del artista quien se implicará y hará posible que la obra se concrete o no.

Más arriba expuse que en esta etapa del tratamiento el objetivo será «atar el hilo al carrete» para tratar de que el sujeto se adueñe de la acción y así proporcionar a la palabra un lugar y con ella dar la posibilidad a la transferencia de desplegarse. Pero, ¿cómo ha de ser ese hilo? Único, fabricado por el propio sujeto, aunque ha de ser el terapeuta quien colabore activamente, tanto para crearlo, como para que lo pueda atar. La experiencia me muestra que si bien es el sujeto el que produce el «hilo-palabra», él lo ignora, por eso entiendo que es el analista el que deberá identificarlo y con él, sujetarlo al «carrete-actuación». Construir una pieza, carretel más hilo, e identificar, una vez armada, que es ella la que se repite en muchas de las actuaciones del sujeto y si es posible, comenzar a asociarla al sufrimiento que el sujeto dice padecer con la intención de que sea este el que le otorgue un sentido propio, asumiendo así la posibilidad de dismantelar la certezas que una identidad narcisista sostenía. Atar la palabra a la actuación requiere implicarse, sin olvidar la posición de analista aunque en ese momento aún no estemos en análisis, teniendo en cuenta que a pesar de que probablemente haya pasado mucho tiempo desde que trabajamos con él, aún nos encontramos con un sujeto que no presenta síntomas, que no hay demanda. Implicación que debe tener claros los objetivos, ya que el soporte necesario en estos primeros pasos obligan a no descuidar cuáles son los límites de nuestra intervención si no queremos perder el lugar que como analistas nos hemos asignado.

El saber está del lado del paciente, podemos construir con él pero no por él. Aunque debemos construir juntos una nueva narrativa y entiendo que para ello debemos ofrecer palabras para ir componiéndola. Tarea compleja que entraña muchos riesgos al otorgarnos el papel de orientadores de sentido.

Transformar ese acto en un acto de libertad, sin olvidar que estamos frente a un sujeto que puede sentir en el «atar» un acto de sometimiento. Al estilo de Ulises, ha de atarse en respuesta a un goce que no quiere dejar de ser el protagonista de su vida, sin descuidar que ha de ser él quien conquiste para sí ese límite.

Por eso es importante que sea el propio sujeto quien decida el «hilo» a usar. En un mundo donde la alternativa es ser sometido o someter, debe imponerse una tercera opción que posibilite que esa vivencia sea reconocida como una elección propia.

Construir un lugar que otorgue la posibilidad a una mayor presencia del tercero. Una triangularidad que pueda dar carta de ciudadanía a una ley que pone límites a un goce que la desafía, una ley que prohíbe, pero que a cambio pone en marcha la dinámica deseante.

Si la función materna no cumple con el objetivo de colaborar en que el sujeto emprenda su propio camino, asumiendo la pérdida de lo que en su momento pudo instrumentarse como obturador de la falta que la constituye, habilitando la función paterna como encargada de introducir el tercero, con la intención de garantizar una función simbólica capaz de estabilizar el funcionamiento psíquico, se corre el riesgo de que aquel quede atrapado en un goce mortífero de difícil resolución.

Nuestra tarea ha de abocarse a restablecer todo el potencial posible de una función paterna que se muestra maltrecha pero que aún tiene posibilidades de introducir normas que imponen límites al goce, intentando resolver las carencias observadas en el orden simbólico.

Para graficar el escenario donde se desarrolla mi tarea con este tipo de clínica, se me ocurre una imagen: en el centro de la escena hay instalado un falo simbólico para que tanto analista como paciente oscilen a su alrededor. El objetivo ha de estar puesto en revitalizar ese tercer lugar que en la vida del sujeto tiene tan poca presencia y al que el analista debe remitir.

Me parece oportuna esta observación porque a lo largo del proceso muchas veces nos encontraremos fuera de la posición de analista, perdidos, dada la provocación que entraña

contemplar los efectos de autoagresiones severas, sufrimiento psíquico extremo, injurias, ataques verbales y una marcada inestabilidad afectiva con ausencia de control emotivo.

Frente a todo ello se corre el riesgo de actuar, con las consecuencias nefastas que acarrea para el proceso propuesto, por no aceptar que lo contingente de nuestra presencia y nuestro hacer, a veces, muchas veces, no puede modificar el determinismo que el sujeto despliega en su sino vital.

Es probable que también tengamos que recurrir a la psicofarmacología y que haya que implementar el trabajo con la familia de quien tratemos. Lo que da a entender la gravedad y complejidad de esta peculiar forma de presentarse la neurosis en la clínica y que como consecuencia, nos interpela a revisar nuestra técnica.

Me planteo mi tarea como analista como una aventura que tiene como objetivo un acto creativo. Creación que se va a traducir, si se consigue, en una nueva narración sobre el mundo que el paciente dice vivir, una nueva posición frente al deseo y la castración. Aunque esta se concretará a partir de asumir la responsabilidad de sus palabras y actos.

Insisto, ese objetivo lo coloco como un faro y os puedo asegurar que no son muchas las veces que lo he alcanzado, pero, si más no, me permite, frente a tanta dificultad que entraña preservar nuestra propuesta frente a esta peculiar clínica, no perder el rumbo que aplico a mi técnica que reconoce en el deseo del otro el límite de su intervención.

En el título de mi trabajo se desliza un cierto reconocimiento a S. Freud y su *fort-da* (Freud, 1920), ya que recreándome en la escena donde el abuelo Sigmund comparte estancia con su nieto, fui elaborando un posible esquema para mi práctica psicoanalítica en la singular clínica que describo.

Lo imaginé observando al niño e interpretando que, con su juego tirando lejos el carrete, intentaba restituir una ausencia y que, al comprobar el fracaso de su intento, interesarse en participar en su aventura y colaborar en la misma colocándole un hilo al carretel para luego atarlo a la mano de Ernst y de esa forma, propiciar de que este deje de ser un objeto pasivo en el drama que está viviendo para transformarse en protagonista de este.

De esa forma evitar, quizás, que le ocurra lo que al personaje de Camus (2004), que a sus cuarenta años, aún no ha superado esa ausencia, esa falta, dando muestras de lo difícil que resulta elaborar determinados duelos.





**Miguel Díaz**  
Pg. St. Gervasi 79  
Barcelona 08022  
932126399  
diazfuentemiguelangel@gmail.com

## **Bibliografía**

- CAMUS, A. (1994). *El primer hombre*. Barcelona: Tusquets Editores.
- FREUD, S. (1898). *La sexualidad en la etiología de la neurosis*. obras completas (OC), vol.III. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1914). *Recordar, repetir, reelaborar*. OC, Vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1920). *Más allá del principio de placer*. OC, Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1923). *Dos artículos de enciclopedia: «Psicoanálisis» y «Teoría de la libido»*. OC, vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.